

IRUNE ARIÑO (Coordinadora)

CUCA CASADO
FRANCISCO CAPELLA
MARINA DE LA TORRE
SANTIAGO CALVO

DESMONTANDO EL FEMINISMO HEGEMÓNICO



Unión Editorial
2020

ISBN: 978-84-7209-822-0
Depósito legal: M. 31.367-2020

Diseño de la cubierta:
Héctor David Jordana Vicente

© 2020 Irune Alonso, Cuca Casado,
Francisco Capella, Marina de la Torre
y Santiago Calvo

© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Galileo, 52 local • 28015 Madrid
Tel.: 913 500 228

Correo: editorial@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

Compuesto e impreso por EL BUEY LIBERAL, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito del copyright.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Ser humilde significa ser consciente de lo mucho que tus instintos pueden dificultar tu comprensión de las cosas. Significa que te parezca bien decir “no lo sé”. También significa que, cuando tengas una opinión, estés preparado para cambiarla si descubres nuevos datos».

Hans Rosling (1972 - 2017)

ÍNDICE

Prólogo: Desmontando a Zeus	
<i>María Blanco</i>	11
I. Introducción	21
II. Feminismo: una aclaración conceptual	
<i>Irune Ariño</i>	25
III. Orígenes y evolución del movimiento feminista	
<i>Irune Ariño</i>	39
IV. La ciencia de las diferencias sexuales	
<i>Francisco Capella</i>	57
V. Desigualdad económica y discriminación positiva. <i>Santiago Calvo</i>	109
VI. Sexualidad, reproducción y mercantilización	
<i>Irune Ariño</i>	153
VII. Violencia de género	
<i>Cuca Casado</i>	201
VIII. Narrativa y performance	
<i>Marina de la Torre</i>	227
IX. Consideraciones finales	
<i>Irune Ariño</i>	251
Bibliografía	266
Los autores	305

PRÓLOGO: DESMONTANDO A ZEUS

Cuando en mayo del 2017 publiqué mi segundo libro, *Afrodita Desenmascarada* (ya en su segunda edición), nunca pensé que el tema iba a dar para tanto. Y, sin embargo, tres años después, aún es necesario separar grano y paja en el movimiento que defiende la igualdad ante la ley de la mujer.

La buena noticia es que, en estos tres años, muchas mujeres han encontrado un cauce diferente al ortodoxo que, a día de hoy, es el camino de la izquierda radical excluyente. Quiero destacar a Loola Pérez (@DoctoraGlas en *Twitter*), con la que discrepo en algunas cosas importantes, pero con la que comparto la visión de un feminismo no monopolístico, sino diverso. Creo que ella tuvo mucho que ver en que se abriera paso el feminismo denominado “disidente”, desde posiciones de izquierda moderada. Y eso se agradece mucho. Porque sabemos por dónde va la derecha extrema, al igual que la izquierda extrema. También sabemos que la derecha moderada comparte un discurso abierto y melifluo: aceptan que cada cual que haga lo que quiera, pero si se trata de ganar votos, son capaces de financiar lo que sea, sin excluir a nadie, ni desenterrar el hacha de guerra. Es decir, compran el relato pero rebajan la agresividad. Se financia con el dinero de todos, pero no de manera obscena. Pero la izquierda española más moderada, en los últimos años, se ha doblgado al relato más exagerado de la izquierda radical. Encontrar ciertas dosis de

sensatez en esa zona del espectro político, alivia. Que haya cada vez más personas que templan el argumento y prescindan de ideología, me parece una buenísima noticia. Es lo opuesto a lo que los partidos que nos gobiernan pretenden: crispar y enfrentar a la sociedad, imponer el “conmigo o contra mí”. No me une nada a la izquierda, ni moderada ni radical, pero estoy segura de que, para que la sociedad civil respire, es necesario que los diferentes representantes del arco parlamentario mantengan una actitud abierta y no sometida a quienes tratan de imponer su agenda ideológica única. Y esta convicción la mantengo desde la distancia que da ser abstencionista y sentir un abismo entre mi visión y todos los partidos políticos que conozco, tal vez con la excepción del Partido Libertario, que no me convence por otras razones.

Durante los largos meses de confinamiento que hemos vivido, en el primer trimestre del 2020, daba la sensación de que se había puesto de manifiesto que, ante los grandes problemas, hemos de luchar unidos, que la supervivencia es cosa de todos, que no cabe el exilio mediático, ni moral, del llamado “feminismo disidente”, por parte de las feministas más radicales. Especialmente en el primer mes, nadie se planteaba si la persona que te atendía debajo del EPI era mujer, hombre, cómo se sentía respecto a su cuerpo o su género, si se acostaba con personas de su sexo, o si depende del día. Y lo mismo respecto a los pacientes.

Sin embargo, en cuanto se empezó a comprobar que la curva se doblaba y el virus cedía un poquito, las posturas más enconadas volvieron a la carga. Irene Montero, a la sazón cabeza del Ministerio de Igualdad,

bramaba en el Parlamento que son las mujeres, y no los hombres, las que hemos estado (en primera persona del plural) luchando contra el covid19 y poniendo en juego nuestra vida. Un atropello. En primer lugar, porque en primera línea no estuvimos las mujeres, sino algunas mujeres y algunos hombres. En segundo lugar, porque las razones que explican que haya más mujeres médicos y muchísimas más enfermeras que enfermeros, están por investigar, pero no creo que se deba a la superior calidad como persona de la mujer. Y, en tercer lugar, porque estamos en medio de una pandemia, donde nos jugamos la supervivencia de la sociedad, no un puñado de votos o un escaño. Y es indecente hacer caja electoral de esta circunstancia tan terrible. Esta situación me hizo reflexionar acerca de una de las cuestiones en las que no estoy de acuerdo con la brillante intelectual Camille Paglia, una mujer a la que admiro y a la que hay que leer.

Paglia siempre subraya que las mujeres le debemos a los hombres la defensa de nuestras vidas, la construcción de obras públicas, y le da la vuelta como un guante al argumento de Montero: los sufridores son ellos, no nosotros. La teoría de Paglia es una verdad a medias: ¿cuántas mujeres han caído en el frente comparado con las vidas de tantos jóvenes muertos en combate? ¿cuántas han construido las ciudades, bajado a las minas, limpiado los pozos? Muy pocas, comparadas con el número de hombres que sí lo han hecho. Pero no es menos cierto que, hasta hace muy poco, el ejército estaba vetado para las mujeres y todas las demás actividades también.

Mi punto de vista es diferente. Consideremos, para explicarlo, el caso de la defensa armada de la población. La guerra es un azote para la sociedad en su conjunto.

Centrar la atención en si mueren más hombres o mujeres es desenfocar el drama real, que queda oculto. Muchas viudas al cargo de la familia habrían preferido morir en el campo de batalla antes que perder a su pareja y la persona con la que compartían un proyecto de vida. Lo relevante es la paz social y el avance de la sociedad.

Muchas mujeres habrían elegido la independencia económica cuando estaba prohibido, de manera expresa o a través de las costumbres, que trabajáramos. Lo importante es que cada cual asumió su rol como pudo o supo; o no lo asumió, generando mutaciones sociales que han permitido que hoy, en los países avanzados como España, tengamos muchas más oportunidades que hace apenas una generación. Por lo mismo, el que haya más mujeres enfermeras y médicos no es lo relevante. Controlar el virus, como hemos controlado otras enfermedades, sí lo es.

La misma Paglia ofrecía un argumento muy interesante, que completa el mío, en una entrevista reciente: no hay una mujer comparable a Mozart, pero tampoco hay una mujer comparable a Hitler. Y lo dejó rematado, elegantemente, en una frase: *“Ha llegado el momento de decir que es infantil e inadecuado que las mujeres estén constantemente tratando de desprestigiar a los hombres, mientras ellos luchan por mantener su identidad frente a ellas. Las mujeres somos poderosas, pero ni de eso se entera el feminismo actual”* (Medina, 2020).

El feminismo radical y excluyente que combato, es un apartado en una agenda internacional más compleja, que abarca cuestiones tan sensibles como la defensa del medio ambiente, la discriminación racial o la libertad de expresión. El mensaje implícito que marca esa agenda es “Sin el Estado, no eres nadie, no hay futuro”.

Por ejemplo, no se puede ser ecologista si no eres intervencionista, no cabe el ecologismo liberal. De manera que, cada vez que la derecha conservadora defiende alguna medida próxima a los principios liberales, pongamos por caso la bajada de impuestos, naturalmente, la gente de la calle asume que son los mismos que quieren destruir el Amazonas, que se sequen los ríos y que los niños se contaminen con residuos nucleares. La defensa del libre mercado es sinónimo de crueldad animal, o de desprecio por el medio ambiente. Cualquier intento de plantear el cuidado del entorno desde los presupuestos filosóficos libertarios, parece una misión imposible. No porque no haya una vía argumentativa realista, sino por los prejuicios de la sociedad en que vivimos.

En esa agenda mundial, la igualdad, o su versión posmoderna, la equidad, se ha convertido en el mantra, en la palabra mágica que reviste de autoridad moral a cualquiera que asegure defenderla. Para dejar clara como el agua la incongruencia de estos “guerreros de la justicia social”, que es como se hacen llamar, quisiera reproducir la diferencia que señalan quienes defienden la equidad de género, en concreto, la ONG Ayuda en Acción:

“La igualdad de género es, por tanto, un principio jurídico universal, mientras que la equidad de género introduce, además, un componente ético para asegurar una igualdad real que, de alguna forma, compense la desigualdad histórica que el género femenino arrastra en cuanto a representación política o mercado laboral, entre otras. La equidad debe aplicarse en el género tal como se aplica en otros ámbitos, como por ejemplo, en el sistema tributario, donde cada persona paga más o menos en función de lo que tiene”.

Es bastante evidente que hay una inconsistencia intrínseca en la premisa de luchar contra la desigualdad defendiendo la equidad, porque la definición misma de este último concepto implica la imposición de un trato desigual. Y, desde mi punto de vista, el problema es que esta ventaja, sea como compensación histórica o no, genera, a largo plazo, una dependencia secular en las personas a quienes pretendes defender, en este caso, las mujeres.

Hay, además, en esta actitud hacia las mujeres del pasado que se vieron frenadas por una sociedad demasiado rígida, una condescendencia humillante oculta tras el velo de la justicia. Los españoles de hoy, no nos planteamos que los descendientes de los fenicios, los griegos, los romanos o los habitantes del antiguo Califato de Córdoba, nos compensen. Los americanos de origen asiático de hoy no han pedido que nadie se ponga de rodillas por la discriminación manifiesta que sufren. La compensación viene de la mano del cambio cultural, del ejemplo, del relevo generacional. Consciencia y acción son, en mi opinión, los dos ingredientes que guían este cambio cultural, en cualquiera de los ámbitos mencionados: raza, género, medioambiente. Sin embargo, a las mujeres, por razones que se me escapan, no se nos concede la capacidad de ser resilientes, de cambiar el curso de una cultura trasnochada, y se nos intenta convencer, con más éxito del que me gustaría, de que somos víctimas seculares, y que ese es el rol perpetuo que nos toca, la piedra que hemos de cargar, como Sísifo condenado por los dioses, de aquí a la eternidad. Este rol de víctimas es esencial, no para las mujeres, sino para quienes salen beneficiados de todo esto, que son

hombres y también muchas mujeres, ávidos de poder, ansiosos por ejercer de guardianes de la verdad.

Porque, visto desde una perspectiva aún más amplia, lo que vivimos es la imposición de una nueva religión, la religión del Estado, con su liturgia, sus ritos, su código de comunicación, su credo, sus mandamientos, y sus pruebas de fe. Una religión tiránica en la que se castiga con el ostracismo y la condena pública negar la fe ciega en el Estado como salvador y mesías de la humanidad. El Estado es el único “ser superior” capaz de salvar la Naturaleza de los atropellos de los inconscientes humanos. Es, también, el que decide qué se debe decir y qué palabras o frases no se pueden pronunciar. Decide qué modelo de vida deben seguir todas las mujeres (y todas las personas), cuáles deben ser sus ideales, cómo debe vivir la sexualidad cada cual. Y para lograr todo ello, maneja la educación de los niños, la justicia, los medios de información y todos los canales de comunicación. Para asegurar la supervivencia de su culto, el Estado necesita aplastar cualquier intento de pensamiento independiente, sea el feminismo disidente, la ecología de mercado, la libertad de expresión real, la diversidad institucional, que podría poner de manifiesto su ineficacia. Aborrece cualquier solución que se plantee de abajo a arriba, dejando su participación en un segundo lugar, como un actor secundario, con una responsabilidad subsidiaria. No sea que, de repente, las personas seamos cada vez más responsables, sepamos prescindir de sus subvenciones y su papel redentor en nuestras vidas se torne cada vez más insignificante.

De ahí que, la mejor estrategia para quienes defienden el Estado como dios salvador, sea que los ciudadanos

seamos dependientes, no sólo física, sino psicológicamente, del propio Estado. Eso se manifiesta en la vida cotidiana de cualquier sociedad. Ante cualquier problema, la solución es reclamar ayuda estatal, no porque estamos pagando impuestos para obtener determinados bienes y servicios, sino porque no hay otra solución. Esta mentalidad explica la campaña contra cualquier iniciativa privada. Esta campaña ha sido especialmente sucia en esta pandemia, cuando la sanidad privada, los hoteles, y algunas empresas privadas han reaccionado con mucha más agilidad que el esclerótico sector público.

La defensa de la independencia de la mujer, incluso por otras mujeres, es ninguneada, tachada de fascista, colaboracionista, utilizando adrede un lenguaje que te marca como traidora a tu propia esencia, como si la guerra que falsamente proclaman fuera real en la sociedad. Quien se atreva a cuestionar los endebles argumentos de las feministas radicales, con la biología como herramienta, o simplemente con sentido común, incluso desde dentro del movimiento LGTB, es expulsado de la tribu de los buenos. Su falsa y pautada libertad sexual es válida solamente para quienes entran por su estrecho aro, y acaba estrangulando la libertad de sus propios acólitos. No es realmente libertad sexual lo que defienden sino una agenda que les permite gozar de un mayor poder y, en muchos casos, de un modo de vida. Por suerte, ésta es una careta que ya se está cayendo, y muchos de quienes se sentían identificados con el movimiento LGTB “oficial” son cada vez más conscientes de que han sido utilizados de manera obscena.

La represión inquisitorial de esta nueva religión que se manifiesta en las agendas del feminismo excluyente, el paradójico racismo anti-racista, y el medio ambiente estatista, ya triunfa en las universidades de Estados Unidos y de Canadá, y está llegando, por desgracia a la Vieja Europa. Es en este entorno en el que el presente libro adquiere importancia. Porque hay que seguir hablando claro, exponiendo datos, argumentando contra la tiranía de la ortodoxia, de la neoinquisición de la que habla Axel Kaiser.

Hay que seguir avanzando, dando pasos en medio del pensamiento único, abriendo grietas por las que entre la luz. Y esto es lo que representó en su momento el Informe publicado por el Instituto Juan de Mariana que hoy se presenta como libro. Una herramienta más para las personas que se rebelan contra este falso Zeus, el ídolo de barro con pretensiones todopoderosas. Un trabajo bien hecho, con rigor y honradez, por los investigadores que han puesto su esfuerzo y su tiempo al servicio de la defensa de la libertad.

I.

INTRODUCCIÓN

El feminismo es un movimiento social y político —de los más exitosos de la época moderna— heredero de la Ilustración, que ha ganado protagonismo en los últimos años, sobre todo en el mundo occidental. Su importancia radica especialmente en la consecución de cambios legislativos, como el reconocimiento del derecho a la educación en igualdad de la mujer y su acceso a los estudios universitarios, el derecho al sufragio activo y pasivo (a votar y a ser elegidas en unas elecciones), el derecho al trabajo, la igualdad ante la ley y los derechos sexuales y reproductivos. Pese a que su objetivo histórico (la consecución de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y el empoderamiento de estas últimas) se ha conseguido en Occidente, el movimiento feminista dominante, heredero del feminismo radical de la segunda ola y fuertemente influido por el marxismo, ha querido ir un paso más allá. Ha desplazado (erróneamente) su objetivo: intentar, a través de la legislación, dictar la moral que tiene que imperar.

Es cierto que las mujeres han sufrido discriminación y abusos a lo largo de la historia porque no se las consideraba poseedoras de las mismas capacidades para autogobernarse que los hombres. Se les ha negado derechos políticos, como el sufragio activo y pasivo, el acceso a la educación o los derechos de propiedad; han estado

sujetas a la voluntad de sus padres, hermanos o maridos, y han sufrido agresiones como consecuencia de prácticas que sí se permitía realizar a los hombres (por ejemplo, el adulterio). Y también es cierto que, pese a que en el mundo occidental han conseguido una igualdad formal, actualmente todavía muchas mujeres se encuentran en una situación de inferioridad. Por poner varios ejemplos, en la actualidad se calcula que al menos 200 millones de mujeres y niñas en 30 países han padecido la mutilación genital femenina (UNICEF, 2016); un peligro que no solo se circunscribe a los países de la zona atlántica y del cuerno de África, Oriente Medio y algunos países de Asia, sino que también afecta a Europa, Australia y América del Norte, destino de inmigrantes provenientes de esos primeros países. Asimismo, se calcula que el número global de niñas (menores de 18 años) casadas o prometidas es de 650 millones, cifra que incluye a aquellas mujeres que se casaron en su infancia, y cuya prevalencia es particularmente alarmante en África occidental y Asia (Yarrow et al., 2015). El matrimonio forzado, que es fruto de una combinación de pobreza, desigualdad de género y falta de protección de los derechos de los menores, expone a la niñas a violencia y abuso sexual y tiene un impacto muy negativo en su educación (en la falta de ella una vez contraen matrimonio y en la reducción que supone en cuanto a las oportunidades de empleo e independencia económica) y salud (en algunos países las complicaciones de los embarazos y partos en edades tempranas son la principal causa de mortalidad). De igual manera, los ataques con ácido involucran actos intencionales de violencia en los cuales los perpetradores lanzan o rocían ácidos sobre la cara y el cuerpo de la víctima (Kalantry y

Getgen Kestenbaum, 2011). Estos ataques se producen sobre todo en países asiáticos como Bangladesh, India o Camboya, pero también en Colombia, Australia, China Etiopía, Italia, Malasia, Nepal, Pakistán, Sri Lanka, Tailandia, Uganda, Estados Unidos y Vietnam; y son perpetrados en su mayoría contra mujeres menores de 25 años como represalia por el rechazo de una propuesta sexual o de matrimonio, o como venganza contra la familia por problemas con la dote o disputas de tierras, así como en casos de violencia doméstica (Kalantry y Getgen Kestenbaum, 2011; Solanki, 2017). Sin embargo, el discurso del feminismo actual se vertebra en la lucha contra la feminización de la pobreza, la violencia de género y la discriminación en el lenguaje (lenguaje inclusivo); en la igualación de salarios; en el aumento de las mujeres en política y en puestos directivos de empresas públicas y privadas mediante la imposición de cuotas; y en la lucha contra lo que consideran formas de mercantilización de su cuerpo (por ejemplo, la prostitución y la maternidad subrogada).

El presente libro tiene por objetivo, por un lado, estudiar algunas de las principales reivindicaciones del movimiento feminista, que han sido aceptadas sin apenas discusión tanto por la opinión pública como por la mayoría de partidos políticos, y, por otro, desmontar argumentativa y empíricamente esas reivindicaciones. Para su realización se ha revisado la bibliografía más relevante (no solo en español sino también extranjera) sobre las tesis feministas que han marcado las diferentes etapas del movimiento, así como la forma en la que el feminismo dominante ha abordado ciertos problemas sociales.

II.

EL FEMINISMO: UNA ACLARACIÓN CONCEPTUAL

For now, however, feminist thought's old labels still remain serviceable.

They signal to the public that feminism is not a monolithic ideology and that all feminists do not think alike.

The labels also help mark the range of different approaches, perspectives, and frameworks a variety of feminists have used to shape both their explanations for women's oppression and their proposed solutions for its elimination.

Rosemarie Tong

Este capítulo se va a dedicar a la definición del feminismo, con especial atención a las principales disputas que han tenido lugar en el seno del movimiento.

El feminismo es un concepto problemático pues existen diferentes teorías y perspectivas que han ido variando a lo largo de la historia. Por ello probablemente sea más acertado hablar de feminismos. Aun así, podemos llegar a un consenso de mínimos, y es que